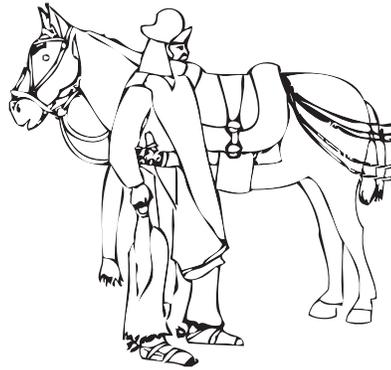






ENTRE LA ILUSIÓN DE "PERSONA COLECTIVA" O EL
CONCEPTO DE UNA "GENERALIZACIÓN INVIABLE"
VARIACIONES DEL SER NACIONAL





Por
Horacio González

Licenciado en Sociología. Doctor en Ciencias Sociales. Profesor Titular en la Facultad de Cs. Sociales UBA. Ensayista y actual Director de la Biblioteca Nacional.

El autor plantea que la idea del “ser nacional” fue especialmente dejada de lado por las modernas ciencias sociales, bajo el comprensible argumento de que ninguna fórmula sospechada de tener raíces ahistóricas o fijada a esencias inmutables, podía hacerse cargo de la complejidad, diversidad y variedad de las experiencias de vida que surgen de estructuras sociales que se reproducen sobre la base de su desigualdad y heterogeneidad. No obstante, ciertos cuadros vivenciales que provienen tanto de la literatura social ensayística como del periodismo cultural o de las nuevas sociologías culturales -en cualquiera de sus innumerables estilos-, retoman el viejo y fantasmal tema del carácter nacional con distintos acercamientos y encuadramientos argumentales.

La expresión “ser nacional” trae más problemas de los que aparentemente soluciona. Sin embargo, pegadiza y persistente, actúa permanentemente en nuestra lengua. Se puede decir que yace refutada pero descansa tranquila. Se arrellana dignamente impugnada en nuestros usos habituales, pero siempre está ahí. Derrotada, pero necesaria. Es necesaria en los prospectos turísticos, en las conversaciones irónicas, y en el cauto papel que cumplen, con total utilidad, en los estereotipos que son necesarios para iniciar un diálogo entre personas de distinta nacionalidad. En su versión trascendentalista, postula una nación indiferente a los cambios y vicisitudes del tiempo. Inmutable, se siente unánime en su dictamen invariable. Hubo una fundación, luego un peligro, en consecuencia un rescate, y un presente en que esos capítulos se rememoran como parte de una pieza única que a lo sumo se presta a otra refundación semejante a la originaria. Suele ser el mundo político el que historiza de esta manera –a la manera de las “invariantes históricas” de las que se ocupó en el ensayismo nacional, la mayoría de las veces con imaginativas y nobles escrituras-, las vicisitudes de una nación que despliega una única cuerda sensible en el espacio y el tiempo, cuerda maciza de la que se desprenden iconografías, cánticos y observancias rituales. En su fondo, son ellas el basamento de la educación común y de los discursos que las reactivan, en cada fecha correspondiente, con un inevitable recurso: “todos los días –no solo éste- deben ser de devoción colectiva”.



He allí la paradoja de las naciones: tiene que existir un día para que se diga que ella existe todos los días, a la manera del célebre “plebiscito cotidiano” del escritor Ernest Renán. El aria *Alta en el cielo*, que pertenece a la ópera *Aurora*, de Héctor Panizza, pertenece a un fuerte género conmemorativo pues es la canción que aludiendo a la relación amorosa entre Mariano y Aurora, en su drama patriótico y amoroso, desliza en el canto el concepto de “águila guerrera”, que por medio de una serie de evanescentes y raras metáforas es comparada a la bandera. La cantamos todos en nuestras escuelas. Alguno

NOS ABRIMOS HACIA LA PATRIA COMO HACIA UN “SER NACIONAL” INMUTABLE QUE VUELA SOBRE NUESTRA NIÑEZ CON SU ETERNO ALETEO Y SU “PURPURADO CUELLO”.

films de los años 80, pos-dictatoriales, tomaron esta canción como signo de un “ser nacional” que amparaba desgarramientos y violaciones extremas a los derechos a la vida. Es muy estremecedor escuchar la canción en una escena de *Garage Olimpo*, película de Marco Becchi, mientras un gran avión aciago va abriendo sus compuertas sobre un silencioso Río de la Plata. No hay signo ni emblema que no puede ser objetado y examinado desde su reverso. Las canciones patrias,

según una aguda apreciación del escritor Juan José Saer, son “nuestra infancia” y “la infancia es la Patria”. Frase profunda y a la vez irónica. Nos abrimos hacia la Patria como hacia un “ser nacional” inmutable que vuela sobre nuestra niñez con su eterno aleteo y su “purpurado cuello”. Mundo sumario, recóndito y nostálgico, al que solemos rememorar con una nota de melancolía que el hombre maduro duda en poner bajo un manto de símbolos fijos, que literalmente aceptados, pueden presidir liturgias despóticas, acaso un oscuro relámpago de horror.

La literatura denominada “género gauchesco” aportó las imágenes más contundentes para la idea de “carácter nacional” como un conjunto de estéticas y espiritualidades dramáticas. Primero, como elocución guerrera que supo unir el canto de los fogones militares –en el “vivac de la Patria”–, con el empeño propiamente físico de la batalla, con sus rostros celebratorios o momentáneamente adversos. El *Martín Fierro*, joya mayor del género, quizás su culminación, pues no es un sino un ámbito de recogimiento de las múltiples escrituras gauchescas preexistentes-, agrega a la cuestión del “ser nacional” la generalización de un ritmo, una métrica, una sentenciosidad desdichada y bellamente machacona. El carácter aquí relatado surge de una discordia con las leyes, de



una apología insinuada de la rebeldía ante la injusticias de las normas, de la pérdida del reino y la dispersión de las familias –todos temas bíblicos-, y del contrapunto entre el coraje –que es una forma de la desdicha- y la picardía –que es una forma precaria del conocimiento dialéctico. José Hernández logró la felicidad de un arquetipo de suma plasticidad, pues recreó un idioma basado en una elegía donde oscuros dioses sin nombre vagan por la frontera –y la frontera es territorial, conceptual y antropológica al mismo tiempo-, y se apoderan de su pobres criaturas en medio de sabidurías transmitidas por tonos y oralidades que han quedado fijados como síntoma y causa de un “ser nacional” en la escala profunda de la voz. Leopoldo Lugones convirtió al gaucho en un desaparecido esencial de la Patria, heredero de la cultura griega, individuo generalizado en el alma sufriente colectiva a la espera de un reconocimiento. Gardel intentó captar algo de ese programa literariamente tan sutil –y de alguna manera silenciosamente perdurable- y su pasaje de la vestimenta campestre al frac lo llevó a esconder el gemido nacional por excelencia, ese ser desconsolado de la gauchesca, en un embalaje repleto de galas y requiebros amorosos, en los que sin embargo existía aquella fisura genética del cruce –ida y vuelta- de la frontera.

Las ciencias sociales, que en la Argentina no son tan modernas ni tan antiguas, pero nacen con el Facundo (o en los alrededores del Facundo) y pasan bastante de inmediato a la Academia (apenas cuatro décadas después), intentaron lidiar de muchas maneras con estas poéticas de la lucha, el desencanto y la astucia (que todos los pueblos utilizan como ingredientes supremos para forjar su poderosa ilusión de “persona colectiva”). Muchos condenaron la “ideología del coraje nacional” como proposición inútil para referir los actos necesario fundativos de una nación, y en la base de su “carácter nacional” pusieron el llamado al trabajo, el ingenio técnico, la voluntad educativa y mas manners civilizadas (Sarmiento, Alberdi, Ingenieros) antes que el saber de gesta. No obstante, en el llamado positivismo argentino hay grandes reflexiones que escapan de la disyuntiva de coraje o trabajo, elaborando singulares arabescos en torno a la simulación,

en muchos casos tendiendo a rechazarla explícitamente pero para hacerla una noción secreta del “ser nacional”. (Como Ramos Mejía y a veces el propio Ingenieros, a la manera de una herencia del Viejo Vizcacha). Por su parte, Arturo Jauretche tomó estos mismo elementos –la gauchesca pasada por la crítica al positivismo- para forjar su “individuo nacional”, un hombre menos nostálgico que el de Scalabrini Ortiz y menos suicida que los personajes de Arlt, y que sabría empuñar las armas en nombre de la “gesta nacional”. No puede omitirse la influencia que este miliciano armado como evocación de la gauchesca decimonónica influyó en las configuraciones políticas de los años 60 y 70 del siglo veinte.

La idea del “ser nacional” fue especialmente dejada de lado por las modernas ciencias sociales, bajo el comprensible argumento de que ninguna fórmula sospechada de tener raíces ahistóricas o fijada a esencias inmutables –de ahí la conocida crítica al “esencialismo”-, podía hacerse cargo de la complejidad, diversidad y variedad de las experiencias de vida que surgen de estructuras sociales que se reproducen sobre la base de su desigualdad y heterogeneidad. Conceptos como el de “clases subalternas”, “nuevos pobres”, “marginalidad”, “antropología de la pobreza”, “comunidades acéfalas” o “ciudadanos pobres”, según los momentos y circunstancias, han reemplazado bajo una fuerte crítica a los “sustancialismos” las tradicionales elaboraciones caracterológicas. Que incluso, en su momento, practica Borges con escritos irónicos como “Nuestras imposibilidades”. En vez de carácter nacional o ser nacional, considerados como ficciones narrativas que construyen arquetipos abstractos que cimentan una ilusión de trascendencia estatal, el análisis de las ideologías concretas que justifican las maneras de existencia, dominio o sobrevivencia social. No obstante, ciertos cuadros vivenciales que provienen tanto de la literatura social ensayística como del periodismo cultural o de las nuevas sociologías culturales –en cualquiera de sus innumerables estilos-, retoman el viejo y fantasmal tema del carácter nacional con distintos acercamientos y encuadramientos argumentales.

Una descripción de Ezequiel Martínez Estrada de un pic-nic en



los años 40, aludiendo a radios portátiles y bailes improvisados al costado de una parrilla –objeto que motiva también una lejana crítica de Borges-, así como en lo que hace a las cercanías con el lector y espectador actual: films como El bonaerense, estudios como los de Javier Auyero y Denis Merklen, crónicas como las de Cristián Alarcón –donde el universo villero se describe a través de neo-lenguas que rehacen el idioma común a partir de las tretas del desamparado, con su “plus de goce” fincado en condiciones extremas de vida que sin embargo despiden cierto lirismo-, todo lo cual revela lo que puede evocar el “ser nacional”. Concepto de una generalización inviable –a no ser su empleo político ostensible- pero en que hay las interesantes grietas de las cuales surge un idioma que circunscribe fuertes personajes actuales. El hombre suburbano, la vida carcelaria, las hinchadas como coreutas del amor trágico y una jornada de orgías fronterizas, el lazo tendido como cable subterráneo entre el tango y la chacarera, lo que de por sí hace de cualquier concepto que intente atrapar una forma de vida debe luchar con su tentadora capacidad de unificar lo diverso y el sentimiento de que ese “ser” común de las cosas”, puede escaparse apenas se lo menciona.



LAS CIENCIAS SOCIALES, QUE EN LA ARGENTINA NO SON TAN MODERNAS NI TAN ANTIGUAS, PERO NACEN CON EL FACUNDO, INTENTARON LIDIAR DE MUCHAS MANERAS CON ESTAS POÉTICAS DE LA LUCHA, EL DESENCANTO Y LA ASTUCIA

